

TESTAMENTO DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA

El Rey Luis IX de Francia, (25-4-1214/25-8-1270) también conocido como Ludovico, San Luis o San Luis de Francia, era hijo de Luis VIII el León y de la infanta castellana Blanca de Castilla. Fue, por tanto, primo hermano del Rey castellano Fernando III el Santo, San Fernando. Como vemos, El siglo XIII hermanaba con Reyes Santos a España y Francia.

Fueron muy celebradas las grandes solemnidades que llevó a cabo S. Luis, con ocasión de recibir en su palacio la Corona de Espinas, que con su propio dinero había desempeñado del poder de los venecianos, que de este modo la habían conseguido del empobrecido Emperador del Imperio griego, Balduino II. En 1238 la hace llevar con toda pompa a París y construye para ella, en su propio palacio, una esplendorosa capilla –La santa Capilla- que fue adornando después con otras reliquias como una buena porción del Santo Madero de la Cruz y el hierro de la lanza con que fue atravesado el costado del Señor.

S. Luis estuvo al mando de la 7ª Cruzada. En su religiosidad personal a veces “parecía un anacoreta, entregándose a prácticas de mortificación como el hacerse azotar la espalda con cadenillas de hierro los viernes, o actos de autohumillación como lavar los pies a los mendigos o compartir su mesa con leprosos”.

Sin duda que S. Luis habrá intervenido para que, a pesar de la caída de la aguja de Nuestra Señora de París, las reliquias no se hayan perdido en el incendio. El Testamento que lega a su hijo, es modelo para los gobernantes de todos los tiempos. Siete siglos después, León XIII, S. Pío X,... mantenían la Sana Doctrina encarnada en este Santo francés. El Testamento dice así:

“Hijo amadísimo, lo primero que quiero enseñarte es que ames al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas; sin ello no hay salvación posible. Hijo, debes guardarte de todo aquello que sabes que desagrada a Dios, esto es, de todo pecado mortal, de tal manera que has de estar dispuesto a sufrir toda clase de martirios antes que cometer un pecado mortal.

Además, si el Señor permite que te aflija alguna tribulación, debes soportarla generosamente y con acción de gracias, pensando que es para tu bien y que es posible que la hayas merecido. Y, si el Señor te concede prosperidad, debes darle gracias con humildad y vigilar que sea en detrimento tuyo, por vanagloria o por cualquier otro motivo, porque los dones de Dios no han de ser causa de que le ofendas.

Asiste, de buena gana y con devoción, al culto divino y, mientras estés en el templo, guarda recogida la mirada y no hables sin necesidad, sino ruega devotamente al Señor, con oración vocal o mental.

Ten piedad para con los pobres, desgraciados y afligidos, y ayúdalos y consuélalos según tus posibilidades. Da gracias a Dios por todos sus beneficios, y así te harás digno de recibir otros mayores. Para con tus súbditos, obra con toda rectitud y justicia, sin desviarte a la derecha ni a la izquierda; ponte siempre más del lado del pobre que del rico, hasta que averigües de qué lado está la razón. Pon la mayor diligencia en que todos tus súbditos vivan en paz y con justicia, sobre todo las personas eclesiásticas y religiosas.

Sé devoto y obediente a nuestra madre, la Iglesia romana, y al sumo pontífice, nuestro padre espiritual. Esfuérzate en alejar de tu territorio toda clase de pecado, principalmente la blasfemia y la herejía.

Hijo amadísimo, llegado al final, te doy toda la bendición que un padre amante puede dar a su hijo; que la santísima Trinidad y todos los santos te guarden de todo mal. Y que el Señor te dé la gracia de cumplir su voluntad, de tal manera que reciba de ti servicio y honor, y así, después de esta vida, los dos lleguemos a verlo, amarlo y alabarlo sin fin. Amén.

TESTAMENTO DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA

El Rey Luis IX de Francia, (25-4-1214/25-8-1270) también conocido como Ludovico, San Luis o San Luis de Francia, era hijo de Luis VIII el León y de la infanta castellana Blanca de Castilla. Fue, por tanto, primo hermano del Rey castellano Fernando III el Santo, San Fernando. Como vemos, El siglo XIII hermanaba con Reyes Santos a España y Francia.

Fueron muy celebradas las grandes solemnidades que llevó a cabo S. Luis, con ocasión de recibir en su palacio la Corona de Espinas, que con su propio dinero había desempeñado del poder de los venecianos, que de este modo la habían conseguido del empobrecido Emperador del Imperio griego, Balduino II. En 1238 la hace llevar con toda pompa a París y construye para ella, en su propio palacio, una esplendorosa capilla –La santa Capilla- que fue adornando después con otras reliquias como una buena porción del Santo Madero de la Cruz y el hierro de la lanza con que fue atravesado el costado del Señor.

S. Luis estuvo al mando de la 7ª Cruzada. En su religiosidad personal a veces “parecía un anacoreta, entregándose a prácticas de mortificación como el hacerse azotar la espalda con cadenillas de hierro los viernes, o actos de autohumillación como lavar los pies a los mendigos o compartir su mesa con leprosos”.

Sin duda que S. Luis habrá intervenido para que, a pesar de la caída de la aguja de Nuestra Señora de París, las reliquias no se hayan perdido en el incendio. El Testamento que lega a su hijo, es modelo para los gobernantes de todos los tiempos. Siete siglos después, León XIII, S. Pío X,... mantenían la Sana Doctrina encarnada en este Santo francés. El Testamento dice así:

“Hijo amadísimo, lo primero que quiero enseñarte es que ames al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas; sin ello no hay salvación posible. Hijo, debes guardarte de todo aquello que sabes que desagrada a Dios, esto es, de todo pecado mortal, de tal manera que has de estar dispuesto a sufrir toda clase de martirios antes que cometer un pecado mortal.

Además, si el Señor permite que te aflija alguna tribulación, debes soportarla generosamente y con acción de gracias, pensando que es para tu bien y que es posible que la hayas merecido. Y, si el Señor te concede prosperidad, debes darle gracias con humildad y vigilar que sea en detrimento tuyo, por vanagloria o por cualquier otro motivo, porque los dones de Dios no han de ser causa de que le ofendas.

Asiste, de buena gana y con devoción, al culto divino y, mientras estés en el templo, guarda recogida la mirada y no hables sin necesidad, sino ruega devotamente al Señor, con oración vocal o mental.

Ten piedad para con los pobres, desgraciados y afligidos, y ayúdalos y consuélalos según tus posibilidades. Da gracias a Dios por todos sus beneficios, y así te harás digno de recibir otros mayores. Para con tus súbditos, obra con toda rectitud y justicia, sin desviarte a la derecha ni a la izquierda; ponte siempre más del lado del pobre que del rico, hasta que averigües de qué lado está la razón. Pon la mayor diligencia en que todos tus súbditos vivan en paz y con justicia, sobre todo las personas eclesiásticas y religiosas.

Sé devoto y obediente a nuestra madre, la Iglesia romana, y al sumo pontífice, nuestro padre espiritual. Esfuérzate en alejar de tu territorio toda clase de pecado, principalmente la blasfemia y la herejía.

Hijo amadísimo, llegado al final, te doy toda la bendición que un padre amante puede dar a su hijo; que la santísima Trinidad y todos los santos te guarden de todo mal. Y que el Señor te dé la gracia de cumplir su voluntad, de tal manera que reciba de ti servicio y honor, y así, después de esta vida, los dos lleguemos a verlo, amarlo y alabarlo sin fin. Amén.